

Mira Alberto, las palmas en el atrio

Carlos Sandoval

Publicado en el Diario *La jornada Morelos* con motivo de la muerte de Alberto Palma
Fecha no registrada

“No puedes sentarte frente al piano como si fuera un coche. Cada día el piano es distinto y cada día tu debes ser distinto, o viceversa. ¡Yérguete frente a él, contéplalo!, suelta las manos, los hombros, respira. Ahora te sientas y tocas la primera nota”.

La humedad del estudio-recámara de Alberto, quien así hablaba, me recordó siempre, sin remedio y sin razón clara, alguna época oscura del renacimiento europeo: el aire espeso como sangre de ganado no podía salir de la celda monacal; y esa mezcla de cama sin tender, abarrotada de sueños y pelos, como huellas de huracán, con todas las partituras regadas como hojas tiradas de encino. Ese era el estudio de Alberto Palma en la catedral. Y ese era yo, sentado como un púber, como un imbécil chofer de taxi frente al *Weinbach* desafinado de su estudio.

La bondad de Alberto, su sabiduría, su paciencia, su pobreza, su confianza ante todo, contrastaban con la perfidia de su vida, con lo que su cuerpo pidió. Con ser víctima del desamor, la soledad y el alcohol, en un contexto de fe social, de una religión católica venida a más en esa época de huelgas textiles, guerrilleros y comunidades de base. La catedral de Cuernavaca era un centro cultural y político y Alberto uno de sus principales promotores. La iglesiota no sólo era el sublime espacio interior de la nave principal con sus pichones hambrientos como piojos. Era un espacio vivo dentro de la ciudad. Alberto tocaba el órgano tubular antes y después de los mariachis, o después y antes. O solo, como una iglesia vacía, pero llena de estudio, de técnica, de una perfección nunca alcanzada o de una imperfección celestial, para ponerlo simple.

Si alguna vez Dios se me insinuó, fue en esas sesiones de estudio con Alberto. Si alguna vez la virgen me sopló al oído, sensual, fue cuando estaba cerca de las notas más graves del órgano tubular, que me hacían respirar más por necesidad que por instinto. Muchas misas en catedral no fueron, ni son, más que mero papeleo celestial, pero el órgano tubular nunca fue un trámite en las manos de quien nunca fue el mismo hombre frente al instrumento. Se paraba al frente, se soltaba, para sentarse luego y entregarse a fondo no sólo a la música sino a Dios, que para el caso es lo mismo.

Promotor innegable —el sí— de la música en Cuernavaca. Pilar incuestionable. Nunca apoyado por la burocracia y sus vergonzantes funcionarios culturales; nunca apoyado por su propia iglesia (que ha decidido cambiar enormes óleos de música por estampitas pirata de estudiantinas, con toda razón).

Alberto dirigió, fundó, interpretó. Alberto, el graduado en Italia, el teólogo, el siempre joven, el abierto, el sabio.

Alberto, el muerto de enero, el que me dejó solo.

Alberto Palma: mira, ahí están las palmas en el atrio. Aún se asoman y te buscan.

Derechos reservados, Carlos Sandoval Mendoza, 1999